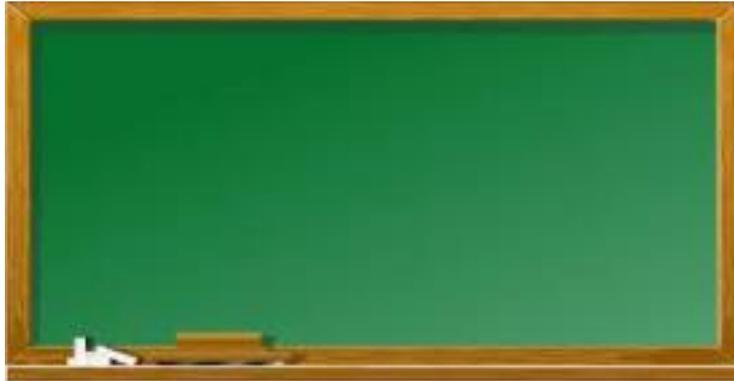


La invitación

Consignas:

1. Lean el cuento **La invitación**¹



**Todas las chicas están invitadas a mi cumpleaños. Las espero en mi casa, el próximo martes, a las 19.
Tamar.**

Mi compañera de cabello corto y rostro redondeado había escrito la invitación, en el pizarrón, con su letra prolija, durante el recreo.

Cuando la morá entró al aula y leyó el mensaje en voz alta, Tamar le dijo sonriente que también ella estaba invitada.

Yo leí nuevamente el mensaje del pizarrón. “Todas las chicas”, decía, pero no imaginé que yo también estaba incluida en la palabra “todas”.

En el segundo recreo salí al patio a buscar a Miriam y a Judith, mis amigas de otro grado. Me quedé al lado del cerco, esperando que se reunieran conmigo, cuando la morá Rajel- que justo estaba de turno en ese recreo- me vio, me pidió que me acercara y me preguntó:

- ¿Por qué no jugás, en el recreo, con las nenas de tu grado?

Yo no sabía qué responder y me quedé callada.

- Vení a la fiesta de Tamar- me dijo la morá, como si fuera una orden.

Continué en silencio. Ella insistió, esta vez con un tono cálido:

- ¿Vas a venir?...

- No lo sé - susurré.

- ¿Y de qué depende?

Pero yo no sabía qué responderle...

Entonces la morá me regaló una sonrisa y estas palabras:

- ¡Yo quiero que vayas al cumpleaños! ¡Estaremos juntas allí!

¹ Adaptado de kids.gov.il

Cuando volví a mi casa le conté a mi mamá que tendría un cumpleaños y lo que había conversado con la morá Rajel.

- ¡Tu morá tiene buenas intenciones! Sería muy lindo que fueras a la fiesta. Tengo un regalo muy lindo que le podés regalar a tu compañera- trató de convencerme mi mamá.

Entonces sacó de su armario una cajita llena de chucherías que ella misma había armado con palitos a los que les había pegado adornos de tela.

Miré la cajita y le dije a mi mamá que me parecía muy bonita.

Pero cuando al día siguiente les conté a Judith y a Miriam, mis amigas que también vinieron de Etiopía, ellas dijeron que no era buena idea regalarle la cajita, y que tenía que comprar otro regalo para Tamar. Pero yo pensé: “¿Cómo voy a tener dinero para el regalo si mi mamá gastó todo lo que teníamos para comprarle al bebé una cama y la ropa que necesitaba?”.

Cuando faltaba un día para el cumpleaños, mi mamá notó mi preocupación.

-Tal vez sería mejor comprarle a Tamar otro regalo- le dije tímidamente.

Entonces ella sacó de su billetera un billete de veinte shekalim, me lo dio, y me pidió: -Trató de traerme vuelto, porque es todo el dinero que tengo.

En un negocio cercano encontré una bonita libreta con dibujos de corazones. Me alegró llevarle a mi mamá de vuelto diez shekalim y medio.

El martes a la noche me puse los aros de oro que me regaló mi papá y fui al cumpleaños de Tamar. Yo pensé que estos aros me harían sentirme más segura, pero cuando llegué a la puerta de la casa de Tamar y escuché resonar las voces de las nenas, me temblaron las piernas. Quise retroceder y escaparme. Pero solo porque la morá me había dicho, casi ordenado, que fuera al cumpleaños, me quedé.

Apoyé apenas mi dedo en el timbre... Toqué tan suavemente, que, al principio no lo escucharon... Eso me dio cierta tranquilidad: quizás era una buena excusa para irme.

Pero, de pronto, la puerta se abrió y tras ella asomó Tamar. Noté una mirada de sorpresa. Seguramente había pensado que no iría... Me pareció que no se había alegrado demasiado al verme... Le di el regalo y ella dijo “¡gracias!” y me hizo una señal con la mano para que entrara.

Caminé lentamente y me quedé a un costado de la puerta...

-Solo falta la morá Rajel- anunció Tamar y se fue a sentar junto a las nenas.

Yo no sabía qué hacer, si seguir parada al lado de la puerta o buscar un lugar para sentarme. La hermana mayor de Tamar me rescató. Se acercó y comenzó a llenarme de preguntas: “¿Cuánto tiempo hace que estás en Israel? ¿Te arreglás bien con la escuela o te resulta difícil? ¿Por qué no te sentás junto a tus compañeras?”.

Le respondí sus preguntas con una voz cada vez más bajita, y me fui a sentar al lugar que ella me indicó. Tamar y las demás chicas del grado estaban entretenidas charlando y ni notaron mi presencia. Entonces sonó nuevamente el timbre. Era la morá.

Las chicas la saludaron con entusiasmo y le dejaron un lugar para que se sentara entre ellas. La morá Rajel recorrió los rostros de mis compañeros hasta que se encontró con el mío.

- Estoy contenta de que hayas venido- me dijo con su cálida sonrisa.

En ese momento sentí que todas las chicas me miraban y que mis mejillas se sonrojaban más y más. -Yael...- propuso la morá Rajel- ¿querés contarnos cómo festejaban los cumpleaños en Etiopía? Yo comencé a transpirar... ¿Quién festejaba los cumpleaños en Etiopía?

La morá Raquel se dio cuenta de que su pregunta me había puesto muy nerviosa. Yo sabía que ella quería ayudarme, pero me sentía cada vez más incómoda...

-¡Ah! Quizás ya te olvidaste... Pero seguramente te acordás de otras cosas, que nos van a interesar

mucho. La ternura de la morá me brindó la calma necesaria para murmurar:
-Me acuerdo de muchas cosas... De los jaguim, por ejemplo.

Y de pronto, como si un viento me hubiese impulsado y llevado de la mano, comencé a contarles que nos íbamos a bañar al río para purificarnos y que vestíamos ropa limpia en honor a las fiestas y que después nos reuníamos en el templo para rezar y cantar.

La morá Rajel me escuchaba con mucho interés.

- ¿Cómo se dice “templo”, en el idioma de Etiopía?- me preguntó la morá.

-“Mekades”- le respondí con seguridad.

- ¡Suenan muy parecido a la palabra hebrea “Mekadesh”, que significa “santificar”!

Después la morá quiso que les contara cómo festejábamos Pesaj.

Y yo les hablé de la preparación de las matzot, y del seder con los parientes en la casa de mis abuelos.

Y les conté que tenía un bisabuelo que nos narraba la historia de Pesaj sobre la salida de Egipto.

También les hablé de otras fiestas que festejábamos en Etiopía, que ellas no conocían...

Y de pronto las miré... ¡y todas las chicas me escuchaban con mucha atención! Incluso cuando se fue la morá siguieron con sus preguntas.

Antes de irnos, Tamar abrió los paquetes. Cada uno escondía lindos regalos...

Me sentí nuevamente llena de dudas. Me preguntaba qué diría Tamar cuando viera la libreta pequeña que yo le había regalado. Pensaba que seguramente todos se reirían de mi modesto regalo. Tamar abrió uno detrás de otro y yo sentía que el aire se me escapaba por los pulmones y mi garganta se secaba... Y entonces llegó el momento del mío.

Tamar desplegó el pequeño paquete y exclamó: - ¡Qué simpática libreta me regalaste! Una sonrisa inmensa cubrió mi cara y se reflejó en Tamar.

Tuve ganas de correr a abrazarla. Pero la voz de la hermana de Tamar me detuvo.

-¿Querés limonada?- me ofreció.

Y ese vaso lleno de limonada, que tomé de un solo trago, tuvo el sabor más dulce que puede

existir.

2. Respondan:

- ¿Por qué Yael no se alegra al leer la invitación para el cumpleaños de Tamar en el pizarrón? ¿Por qué no se siente incluida en la palabra “todas”?

.....

.....

.....

.....

· La morá quiere ayudar a Yael a integrarse con sus compañeras del grupo. ¿Qué le sugiere que haga?

.....
.....
.....
.....

· Yael decide ir al cumpleaños, sin embargo antes de entrar está muy nerviosa. ¿Qué le preocupa?

.....
.....

· ¿Qué intervención de la morá la ayuda a sentirse más cómoda? ¿Cómo reaccionan sus compañeras ante esta situación?

.....
.....

· Investiguen sobre Etiopía (su ubicación geográfica y sus costumbres) e imaginen qué le preguntarían a Yael sobre su vida en Etiopía, si estuvieras en el cumpleaños.

.....
.....

· Si Uds. fueran compañeras de Yael, ¿qué le dirían para ayudarla a sentirse mejor?

-
-
-
- Inventen un diálogo que se desarrolle en el recreo, entre Yael y sus compañeras, al día siguiente del cumpleaños

.....

.....

.....

.....